

argüende

A mi madre

Jesusa Rodríguez

Amor de mis amores
pedazo de mi vida...

Es bien sabido por toda la humanidad que desde el interior del útero no se tiene una percepción clara de lo que ocurre afuera. A pesar de todas las limitaciones de esta circunstancia intentaré describir el fascinante mundo que me albergó durante nueve meses y que, después cuando nací, ya sólo habría de preocuparse por mí los primeros cien años: doña Jesusa Ramírez Gama de Rodríguez de León.

Mi madre nació en San Luis Potosí el 10 de febrero de 1917, su madre fue Carmen Gama y su padre Marcelino Ramírez. Ella nació sietemesina porque mi abuela se contagió de tifo debido al piquete de un piojo blanco que circulaba junto con otros miles a lo largo de la sotana de un cura potosino; por eso desde antes de nacer mi madre odió todo lo que tuviera que ver con la iglesia católica: curas, monjas y piojos.

Cuando yo iba a nacer, mi madre se autoaplicó una sobredosis de cloroformo y despertó dos días después de mi nacimiento, así que, ahí como la ven, yo soy hija de la mujer dormida.

Mi madre se casó con mi padre, el doctor Isidro Rodríguez León, un prominente cirujano de tórax. Juntos se vinieron a vivir a México hace cincuenta y ocho años y como no podían tener hijos, sólo tuvieron ocho: “Los quiero más que a Dios y si volviera a nacer los volvería a tener”, dice mi madre a pesar de que en un momento de su vida tenía cuatro de brazos y cuatro que caminaban. Si alguien nos conoce podrá imaginarse la imposibilidad de sortear semejante catástrofe humana: jocho puntas de bestias!

Mi madre es metronauta porque viaja siempre en metro y antropóloga, porque anda de antro en antro. Dice que algún día de éstos “porque no hay de otros”, o cuando sea grande, va a ser alcohólica empedernida.

Ahora tiene apenas sus primeros 87 años y sólo bebe cantidades industriales de tequila, porque hace crecer la pestaña, aclara la vista y engorda la pantorrilla:

El tequila fino y puro,
manjar de dioses y reyes.
Que beban agua los bueyes.
Que yo de beber prefiero
el jugo de los magueyes.

Mi madre es una artista consumada en el arte de componer contracanciones, también de cantar las de Agustín Lara —su compadre adorado— y de bordar gobelinos a veces con leyendas como la de los jugadores de tejo:

En este cuadro viejo, están jugando al tejo
Carancio, Pendencio, Poncho y Pincho,
hijos de Carandajo y nietos de Carandajillo el viejo.
Lo pintó el abate Perendejo Trejo.

O aquel otro donde se ve a un grupo de amigos sentados en el suelo: “Quien tiene una casa, tiene una silla para cada amigo”.

Mi madre tiene una caligrafía tan peculiar y tan perfecta que cuando ves algo escrito por ella te dan ganas de meterte en el papel y cabalgar sobre las eles en forma de jirafas y las emes como garzas voladoras. Sus recados son praderas africanas y parvadas de gaviotas alzando el vuelo, y cuando escribe cartas, escribe por ejemplo cartas con “c”:

Curioso corresponsal: contesto carta con considerable calma. Compadécete corresponsal contestándome. Comprendo cometi culpa, capacidad callada, contrita, confíesome ¿Ceder? ¡Claro! ¡Congratúloté! Como, corro, construyo caminos (carretera, cielo).

Ceso carta con “c” comprendiendo cursilería. Continúo como corresponde... (sigue texto íntimo).

Mi madre recita textos anónimos:

No te acuerdas mujer que te sonreites
cuando te di el papel y lo agarrates
y dimpués di agarrarlo te inojates
y si no te inojates lo finfites.

Ya no supe dimpués lo que pensate
ya nomás a las vueltas me trujites.

Si entonces como agora no me amates
ni como yo te quije me quijites,
¿por qué pues, preciosa, sospirates
cuando te di el papel... y lo agarrates?

Mi madre detesta el campo: “lo verde pa’ los burros”. No le gustan los animales: “Las ballenas son lo más horrible que hay, salen a morir a la playa y sólo sirven para que una se tropiece cuando camina hacia atrás”. Ella adora a la gente y a la Ciudad de México: “Eso de la contaminación es puro cuento, si hubiera esmog ya se habrían muerto los pájaros y yo nunca he visto pájaros muertos en la ciudad”, y su clásica: “Mientras haya un niño con hambre nadie debe darle de comer a un perro”. Mi madre huye del sol: “yo soy planta de sombra”, y como es de la Huasteca no come si no hay agua: “yo soy de sopa y trago”.

Mi madre tiene su “libreta que no miente”, donde se puede encontrar todo lo necesario para vivir: la receta de los jitomates de Margo Glantz: Ruedas de jitomate y arriba ruedas de tunas blancas. Los síntomas que padecía su abuela: un nivel de albañil en el estómago, un mapa dibujado en la cara, un diente que le hacía tic tac y un ojo que le relampagueaba. Las adivinanzas de tía Esperanza o la receta del shampoo de ajo y cebolla para que salga el pelo y la oración que rezaba la mujer que molía el chocolate en su casa de infancia:

Viernes era viernes y viernes de la luz.
 Jesucristo se puso en la cruz y la cruz tembló.
 Y Pilatos le preguntó ¿tiemblas o tienes miedo?
 —Ni tiemblo ni tengo miedo.

El que esta oración rezare todos los viernes del año,
 sacaría un alma de pena y la suya de pecado.

Esta oración el que la sabe no la reza
 y el que la reza no la entiende,
 pero el día del juicio final
 sabrán lo que esta oración contiene.

(Y en este punto la mujer se echaba a llorar amargamente sobre el dulce chocolate, o dulcemente sobre el chocolate amargo.)

Mi madre nunca se enferma, mi madre nunca se enoja y cuando algún estresado transeúnte le echa de maldiciones ella responde invariablemente: “¡Muchas gracias joven, que lindo!”

Mi madre sólo ve lo bonito de la vida, lo feo no lo reconoce: “El otro día fui al cine y vi una película tremenda; salí cansada de tanto escarbar. A mí sólo llévenme a ver películas de ricos y a colores”.

Mi madre dice que nomás una vez se vive y la vida hay que vivirla, por ejemplo, si algo se te antoja te lo debes comer, porque ya se te antojó y si no te lo comes te va a hacer daño y también hace daño estudiar hasta

muy tarde: “Prefiero burros vivos que sabios muertos”, además “todo por servir se acaba y acaba por no servir”.

Y cuando sale de casa siempre deja este útil recado: apaguen las luces, cierren las puertas y fíjense con quien se van a casar.

Mi madre sabe responder cuestiones difíciles: “¿Qué es la vida? Paralelo ignaro de ciencias falsas, donde la verdad claudica ante misticismos inútiles”.

Mi madre tiene miles de hijos que son de otro papá y también de otra mamá, pero que quieren ser suyos.

Mi madre tiene amigos en cada esquina y todos en la calle la respetan, la quieren y la conocen como Doña Jesu. Es la dueña del metro y de múltiples edificios en Reforma. Ha sido muy feliz y millonaria en afecto. A mi madre la Bardot le da grasa y la Félix manicure (Rodolfo Mendiola dixit).

Mi madre tiene una agenda apretadita; comienza, por ejemplo, en el mercado de Coyoacán, al que va casi diario desde hace más de cuarenta años y de ahí se lanza en el metro a sus “echaderos” a comprar algunas chácharas en el centro de la ciudad, el cual conoce como la palma de su mano. Después de caminar unas cinco horas acompañada de su anforita de tequila y apoyada en su propio rebozo, se acuerda que tiene ochenta y siete y no setenta y siete años y decide regresar a su casa para ir con las amigas al infaltable “miércoles”, de ahí a una junta en casa de Luis Prieto para luego encaminarse a alguna boda y después de pasadita ir a algún concierto en el claustro de Sor Juana en Izazaga y ya, para rematar el día, cae en El Hábito, en el Coyoacán de sus amores, donde tequila en mano observa detenidamente al público “me encanta ver reír a la gente”. Al final —ya que es de las últimas en irse— nunca falta el comentario: “Me voy a otra cantina porque aquí cierran muy temprano”.

Mi madre me ha alimentado; me ha hecho mil suéteres; me ha bordado el cerebro; me ha calentado el alma y me ha dado el mejor regalo de la vida: conocerla.

Mi madre se sabe todas las canciones de Agustín Lara, “su flaco adorado” y cada día las toca mejor en el piano. Aprovecho de sus títulos una lista para decirte madre cuanto te adoro en este maternal DEBATE FEMINISTA:

Languidez serpentina de mujer, te he querido como a ninguna y siempre te vas. Buscándote voy en un naufragio aunque solamente una vez las palmeras borrachas de sol derramaron el veneno que fascina en tu mirar, mujer divina: eres la razón de mi existir: Mamá.

A la madre

En este día de muy poca tristeza,
en la madre encontramos toda la belleza.
A toda madre debemos nuestra naturaleza:
¿qué madres se te ofrecen, así con sutileza?

¡Vámonos a la madre, a su regazo!
¡A la madre con besos y con abrazos!
Partiéndose la madre cumple el plazo
y alumbra al ser nacido de un milagro.

¡A la madre con todo nuestro cariño!
Mandámosle un saludo de amor y un guiño.
Rayando la mañana despertamos los niños
refrescando la madre tierra en que nacimos.

Y qué decir de aquella que te arrulla,
la que tu ser guardó en el alma suya,
la que quizás por ti se prostituya:
quién ha de ser más madre que la tuya.

Tu hija menor: Jesusa